

PALABRA, PECADO Y REDENCIÓN • EL LUGAR DEL PADRE EN LA LENGUA MADRE

Olga Pombo
Universidad de Lisboa

Todos sabemos que el Psicoanálisis puede ser leído como una inmensa meditación sobre la naturaleza del lenguaje. Y los cien años de comentario de la *Interpretación de los sueños* no hicieron más que reforzar la idea de que el inconsciente tiene la condición de un idiolecto en busca de su propio diccionario o de una torre de Babel apostada en confundir todas las lenguas. Por eso se tornó común pensar la práctica analítica a partir de la figura de la traducción infinita. Y, en el momento en que Lacan lleva esa metáfora hasta su punto de estridencia, haciendo del inconsciente, no algo que *sería como* un lenguaje, sino algo que *es*, en sí mismo, un lenguaje, el Psicoanálisis se transforma bruscamente en una disciplina semiológica. Sin embargo, esta mirada semiológica sobre el Psicoanálisis no es apenas expresión de nuestra condición de herederos del siglo que inventó las ciencias del lenguaje, que creyó en la desesperada posibilidad de hacer de la filosofía apenas un método del análisis lógico de nuestras expresiones lingüísticas y que consiguió simular la inteligencia a través de máquinas que, en el límite, son sistemas simbólicos en acto.

El Psicoanálisis, en el proceso de su nacimiento, se inscribe en una atmósfera general de delirio a la búsqueda de una lengua universal. Recuerdo que el ensayo de Freud *La interpretación de las afasias*, de 1891, surge en ese enigmático momento de las dos últimas décadas del siglo XIX, en el cual, bajo el impulso de la recién constituida gramática comparada,¹ se asiste a una producción absolutamente vertiginosa de lenguas universales. Son cerca de 500 los proyectos de ese período censados por Couturat y Léau en su monumental *Histoire de la langue universelle*. Entre ellos se cuenta el *Volapuk* de Scheyer, de 1879, y el *esperanto* de Zamenhof, de 1887, dos de las lenguas universales que

obtuvieron mayor éxito, con millones de practicantes en todo el mundo. Lo que ciertamente permite afirmar que el Psicoanálisis nace en el interior de una atmósfera exaltada por el mito de una lengua primitiva universal. Entre otros aspectos, quiero subrayar el hecho de que, por su ambivalencia frente al Yidish y el Alemán, Freud era particularmente sensible a la oposición entre una lengua perdida en el tiempo, lengua siempre silenciada o remitida para el interior del espacio familiar, oscuro y privado, que sería precisamente el Hidish, y el Alemán, lengua imperial, expresión de un principio de realidad que tiene en el espacio público su lugar de afirmación.

Sabemos que es por el recurso al Yidish materno que Freud encuentra muchos de los ejemplos de *lapsus linguae*, de “dichos de espíritu” (*Witz*), de asociaciones libres que rellenan sus obras. Sabemos también que ha sido posible ver en la diferencia entre inconsciente y consciente una proyección de esa oposición paradigmática que atraviesa la biografía de Freud. Es que, para Freud, la lengua madre no es el Alemán (lengua de los pueblos germánicos), sino el Hidish, ese dialecto hablado por los judíos de Europa oriental en que Freud nació. Hay así en Freud una verdadera inversión del lugar del padre en la lengua madre. Ahora, no podemos olvidar que el Yidish es un dialecto del Hebreo, lengua que, como se sabe, fue considerada, incluso por muchos de los filólogos cristianos de la modernidad, como si hubiese sido la propia lengua adámica, la lengua del padre por excelencia, aquella que deriva directamente de Dios o, por lo menos, de Adán, hijo dilecto a quien el padre revela sus secretos.

Recuerdo esquemáticamente que la argumentación en favor de la tesis del carácter adámico de la lengua hebraica se desarrolló en los albores de la edad moderna fundamentalmente en tres niveles: 1) a través de estudios filológicos y genealógicos que intentan establecer la filiación de todas las lenguas relativamente al Hebreo en la base de aproximaciones lexicales o de afinidades estructurales;² 2) a nivel teológico, únicamente a partir de la exégesis del texto bíblico (es el caso de Lutero, que defiende que la tribu de *Heber* no participó en la construcción de la Torre de Babel, por lo que su lengua, el Hebreo, habría escapado al castigo de la confusión de las lenguas), y 3) a través de los estudios de los cabalistas que, como se sabe, ven en la lengua hebraica la lengua original y buscan una vía de acceso al conocimiento de la realidad por el restablecimiento de las misteriosas relaciones que ligan cada fragmento de

la creación a las palabras, sílabas y letras de la lengua hebraica —verbo divino mediante el cual se operó la propia construcción del cosmos. Como explica Claude Duret: “los caracteres hebraicos fueron formados llenos de misterios celestes, tanto en su figura y forma como en sus números y coligaciones diversas de armonía” (*Tresor de l’Histoire des langues de cet Univers*, 1613:142).

Ahora bien, ¿no es posible decir que, en sentido amplio, hay mucho de cabala en el Psicoanálisis?

Si, de acuerdo con el paradigma hermenéutico, el Psicoanálisis es pensado como reconstrucción de los mitos privados del paciente, quisiera llamar la atención sobre el hecho de que la mirada arqueológica que el Psicoanálisis lanza sobre el lenguaje del paciente también puede ser pensada en su naturaleza semiológica. La práctica analítica sería, así, no tanto la reconstrucción de una historia, sino el desciframiento de significantes, de locuciones que aproximan a cada uno a su paraíso privado. Esa producción significativa no remitiría necesariamente a una escena familiar donde la figura del padre es dominante, sino para una pluralidad de locuciones que sólo la lengua materna, en su proximidad con la cartografía subterránea de nuestros afectos, permite decir.

I

Entremos entonces en la cuestión mito de la lengua adámica y de los innumerables proyectos de lengua universal a los que ha dado origen. Buscaremos mostrar que, además de racional, el mito es fecundo.

El mito de la lengua adámica constituye el polo de atracción y de fascinación en torno al cual se organiza, durante siglos, una profunda meditación sobre la naturaleza esencial del lenguaje humano. En su naturalidad, transparencia y unidad, la concepción ideal de una lengua adámica se convierte en el paradigma que orienta y funda las innumerables investigaciones lógico-lingüísticas que tienden a la construcción de una lengua universal, de las que buscaré dar una breve panorámica. Digamos que, en el mito de la lengua adámica, coexisten el más mítico de todos los mitos (el mito del origen) y el más racional de todos los proyectos (el de cubrir toda la extensión del ser y del saber con el manto de una racionalidad discursiva y universalmente compartible). En el mito de la lengua adámica se proyectó, retrospectivamen-

te, no sólo el deseo de superar el malestar, la inquietud, el castigo o la condena resultante de la confusión babélica, esto es, no sólo el sentimiento de incomformidad y revuelta ante las dificultades de comunicación y de conocimiento que la diversidad de las lenguas acarrea, sino también un profundo conocimiento de la naturaleza íntima y metafísica del lenguaje humano. Fundamentalmente, la sospecha de que la palabra dice mucho más de lo que dice, de que la lengua es más que una mera institución social, de que es un código, de que algo en su interioridad/anterioridad apunta radicalmente al mundo, de que en su tesitura se esconde una sabiduría que nada tiene de arbitrario o contingente.

Objeto de investigaciones lógicas, lingüísticas y epistemológicas, de especulaciones y disputas teológicas, tema de inspiración literaria, utopista o poética, los diversos proyectos a los que la idea de una lengua universal ha dado origen se presenta así como otras tantas formas de realización del deseo de encontrar una vía directa de acceso a los otros y al mundo que garantice un conocimiento adecuado y universalmente compartible.

Se parte, en todos los casos, de la conciencia de los límites de las lenguas existentes. A esas imperfecciones es imputada la responsabilidad por las dificultades de comunicación, razón por la cual todos los proyectos de una lengua universal se presentan como forma de superación de esas imperfecciones y de la escandalosa diversidad de las lenguas naturales. Reflejo de la unidad del espíritu humano y traducción de la multiplicidad de sus operaciones, la lengua universal es siempre pensada como una, única, perfectamente regular, susceptible de permitir el conocimiento adecuado y la comunicación plena de los hombres entre sí, de estos con el mundo, y, así, de reconducir el hombre a la situación ideal y mítica anterior a Babel.

Se trata de un proyecto de todos los tiempos, pero que surge en todo su esplendor creativo en la segunda mitad del siglo XVII. Dos razones principales pueden explicar ese hecho. En primer lugar, el declino de Latín como lengua de cultura. Vehículo privilegiado del saber y del poder durante toda la Edad Media, lengua que se enseña en las escuelas y en la Universidad, y que sirve de base a todas las estructuras políticas, administrativas y diplomáticas,³ la difusión del latín coincidió con las pretensiones universalistas de la Iglesia de Roma de que fue instrumento dócil. Su prestigio, en tanto lengua internacional de sabios, teólogos, políticos y diplomáticos de toda Europa durante casi mil años, sólo posteriormente, en función de la doctrina reformista del

libre examen y de la atención renacentista a las fuentes originales de la cultura clásica, vino a encontrar en el hebreo,⁴ y posteriormente en el griego, alguna equivalencia. En segundo lugar, la emergencia de las lenguas nacionales, cuya irreductible diversidad, cuando el latín empieza a perder terreno, se torna estridente con el asalto de los idiomas vulgares correspondientes a la constitución de las nacionalidades, a la fijación de las fronteras de los nuevos estados, al desenvolvimiento de la imprenta y a los múltiples relatos de grandes viajes.⁵

Se asiste, entonces, a un movimiento de intensa curiosidad y creatividad lingüística, al aparecimiento de numerosas gramáticas y diccionarios de lenguas extranjeras, algunos de los cuales de naturaleza multilingüe, estableciendo correspondencias entre numerosas lenguas. Más allá de eso, se desenvuelven los estudios filológicos, comparativos y etimológicos, se buscan criterios que permitan ordenar y clasificar la abundancia de materiales recogidos.⁶

En verdad, es en gran parte la constatación de la escandalosa diversidad de las lenguas, con las pesadas consecuencias comunicativas y cognitivas que de ahí se siguen, que está a la base de las mitologías de la primitiva separación de las lenguas que todas las civilizaciones engendran. Todavía hoy es motivo de espanto que, pese a que tres cuartos de los habitantes del globo hablen únicamente 22 de esas lenguas, sean cerca de diez mil el número de lenguas que son y fueron habladas en nuestro pequeño planeta. Número que, por la inquietud que desencadena, apenas viene a confirmar la razón de ser del conjunto de mitos de antiquísima raíz de que es tributaria la explicación de los hechos lingüísticos hasta mediados del siglo XVIII.⁷

Semejante mitología, que traduce una antiquísima meditación sobre la esencia del lenguaje humano, encuentra en los textos bíblicos el cuadro matricial a partir del cual se estructurará la explicación teológica de los fenómenos lingüísticos durante toda la Edad Media y la Edad Clásica. Ahí se organiza en torno de dos acontecimientos paradigmáticos: la atribución adámica de los nombres y la confusión de las lenguas en Babel. Dos acontecimientos que se presentan como complementarios e interdependientes: si, en Babel, Dios confundió el lenguaje de los hombres es porque antes había, necesariamente, una sola lengua. De modo inverso, si había una lengua única y primitiva y si hoy las lenguas son tan diversas, debe, necesariamente, haberse dado un momento de escisión y de ruptura.

Esos acontecimientos, ocurridos en el pasado lejano y cosmogónico de la especie humana y dogmáticamente constituidos en hechos por la propia narrativa bíblica, irán a proveer materia, durante siglos, para una interpretación teológica de la diversidad y del origen de las lenguas. Interpretación tanto más fundada, en la medida en que se inscribe perfectamente en los presupuestos metafísicos heredados del platonismo y del neo-platonismo, que la razón teológica integra y recupera para sí.⁸

Es en esos *topoi*, que atraviesan todo el pensamiento teológico medieval y se prolongan por el Renacimiento, que se consolida la representación cristiana de la lengua original. Eso no significa que el teologema de la lengua adámica deba ser considerado como obstáculo que habría trabado, durante siglos, un verdadero desenvolvimiento de los estudios lingüísticos. Por el contrario, este se constituye como una configuración metafísica global que va a determinar un modo propio de pensar la lengua y sus propiedades cognitivas, abriendo camino, e incluso suscitando, el desenvolvimiento de estudios etimológicos y comparativos, tendientes a encontrar el verbo perdido.

Son dos los presupuestos fundamentales en cuestión: en primer lugar, el primado de la unidad sobre la multiplicidad que, aplicado a la cuestión de la diversidad actual de las lenguas, exige su reconducción a un momento unitario en el cual reencontrarían su verdad. En segundo lugar, el presupuesto que coloca ese momento de unidad y perfección en el origen de los tiempos, lo que, por lo tanto, refuerza tanto la tesis de la lengua (adámica) primitiva como la de la posterior de las lenguas (en Babel).

Se trata de dos presupuestos de los cuales, ya en la antigüedad clásica, había sido retirado un complejo del lenguaje. En el *Cratilo* de Platón se defienden, entre otros puntos de capital importancia, la necesidad de recurrir, para examinar la relación nombre-cosa, al estudio de los nombres originariamente atribuidos por el onomaturgo (391b y ss.). Tesis que abre lugar a la posterior defensa de una lengua adámica y que anticipa los estudios de carácter etimológico y comparativo posteriormente desenvueltos.

A estos presupuestos el pensamiento judeo-cristiano acrecentará únicamente las nociones de pecado y de punición que presiden al episodio de Babel y constituyen una explicación cómoda para el problema de la diversidad de las lenguas —si la lengua única y primitiva era perfecta, la actual diversidad es una degeneración de fundamento sobrenatural e incidencias morales, una cas-

tigo divino inflingido a los humanos, descendentes de Noé, una tercera caída, en cuanto tal comparable a la expulsión de Adán de los jardines del Edén y al diluvio (como escribe Bibliander en 1548: “es castigo del pecado el número tan considerable de las lenguas”). Siendo perfecta, la lengua adámica es única y, por lo tanto, universal. Es lo que afirma inequívocamente el mismo Bibliander: “En el inicio hubo un lenguaje único y común a todo género humano, así como única es la razón” (1548:36). La lengua adámica es también natural, marcada por la inteligencia y por el conocimiento de las cosas. Creado a imagen y semejanza de Dios, Adán posee desde el primer instante de su creación, una ciencia universal y paradisíaca por la cual conoce el principio de todas las cosas, la verdadera naturaleza de cada ser particular. Por esa razón atribuye a cada ser un nombre que adecuadamente expresa y explicita el conjunto de sus propiedades esenciales. Adán se aproxima así al sabio legislador y onomaturgo del *Cratilo* que, de modo semejante, también determina el nombre a partir del conocimiento de la naturaleza del objeto (*Cratilo* 388-389). Sólo que la metáfora artesanal utilizada por Sócrates (“el nombre es un instrumento propio para enseñar y distinguir la realidad tal como el telar para hacer el tejido”, *Cratilo*, 388c) corresponde, en el caso de Adán, a la imagen del bautismo, ceremonia por la cual se da la atribución iluminada del nombre. La lengua adámica es pues transparente, en tanto cada nombre traduce, en la materia lingüística que le es propia, la forma esencial del objeto nombrado del que Adán tiene perfecto conocimiento.

Finalmente, en una aproximación entre el carácter creador del Verbo divino y la institución adámica de los nombres, la lengua adámica es pensada como forma de apropiación mediante la cual Adán, reproduciendo el gesto divino de la creación por el Verbo, es consagrado como rey y maestro de las criaturas. Nombrar es saber y sujetar.

En la mutua implicación de sus elementos, esta caracterización de la lengua adámica está soportada por una concepción del lenguaje humano según la cual la lengua es esencialmente una nomenclatura, colección de nombre (etiquetas) que establecen una relación puntual, término a término, con los objetos de la experiencia humana. Es porque se admite una correspondencia directa entre cada nombre y la realidad por él significada que es posible defender la naturalidad de la constitución del propio nombre. De esta concepción de la lengua en tanto nomenclatura se sigue también que, siendo natural, cada

nombre deba ser inmediatamente comprensible, una vez que su significado no deriva de la pertenencia a un sistema o de la relación a otros nombres, sino de su inmediata correspondencia con la realidad significada.

Dotada de existencia autónoma, cada palabra es así, en el límite, un nombre propio, tanto más natural en tanto que en él y por él se da a la presencia el propio referente. Digamos que “el fantasma del lenguaje primitivo es, al mismo tiempo, el de la evanescencia del propio lenguaje, puesto que las cosas toman el lugar de los signos y el distanciamiento que este introduce entre el hombre y el mundo es finalmente anulado” (Todorov). Puesto que deja que el mundo se diga en ella, la lengua es capaz de decir el mundo, y basta que cada nombre diga la realidad que significa para que la lengua lo pueda decir en su totalidad.

II

Es en este ámbito especulativo de la problemática general de la ciencia adámica, y todavía frente a las necesidades creadas por el desenvolvimiento de los contactos internacionales, tanto a nivel político como económico, científico y religioso, que surgen numerosos y divergentes trabajos apuntando a la construcción de sistemas universales de comunicación, susceptibles de sustituir el latín, de superar la diversidad de las lenguas naturales y de retomar la unidad perdida de la lengua adámica primitiva. Distinguiremos muy brevemente cuatro grandes tipos de tentativas de realización de una lengua universal: lenguas internacionales, filosóficas, primitivas e imaginarias.

Designamos “lenguas internacionales” los sistemas lingüísticos artificiales, conciente y deliberadamente contruidos con la finalidad práctica de facilitar o promover la comunicación entre pueblos de lenguas diferentes. Simples sistemas de codificación o verdaderas construcciones de lenguas autónomas y completas, estas producciones son tendencialmente *a posteriori*, viviendo en la dependencia de lenguas existentes a partir de las cuales se construyen o se constituyen como auxiliares. Sus inventores, animados por sentimientos humanitarios, por puro proselitismo, o porque defienden la tesis de la perfectibilidad progresiva de las lenguas humanas, creen contribuir para el progreso de la humanidad, realizando una tarea social (comercial, política o cultural). Por

el contrario, las “lenguas filosóficas” son construcciones reflexivas. A diferencia de los proyectos de lenguas internacionales, cuyo objetivo prioritario es la comunicación universal, estas buscan alcanzar ese mismo objetivo por la profundización de su finalidad esencialmente cognitiva. Y al apuntar a la correcta expresión del pensamiento y al adecuado conocimiento del mundo, acabarán por igualar el valor comunicativo de las lenguas internacionales, o incluso alcanzarán una facilitación de la comunicación más real. Los proyectos filosóficos buscan constituir un sistema de conocimiento y, en último análisis, apuntan a alcanzar el sistema de las cosas. Para esto, comienzan por hacer una clasificación lógico-semántica previamente a la atribución de los signos cuya combinación y constitución en sistema debe permitir traducir adecuadamente las relaciones de los conceptos y, a través de ellos, de las propias cosas. Tendencialmente *a priori* (suponen la invención total de un nuevo léxico y el establecimiento de sus reglas funcionales) y por lo tanto independientes de las lenguas existentes (su creador rivaliza con Dios, dando origen a una lengua que podría haber sido la de Adán), pueden ser también *a posteriori*. Se trata, entonces, de construir (a partir de materiales lingüísticos ya constituidos, tanto lexicales como sintácticos), una codificación semántica universal como base en un sistema semiótico unívoco, neutro o lo más representativo posible de la realidad significada. Por su lado, la designación de “lenguas primitivas” remite a producciones lexicales espontáneas, intuitivas, inconscientes o pulsionales (frecuentemente bajo forma de iluminación) que se afirman como lenguas verdaderas (mágicas, divinas o, en cualquiera de los casos, sobrenaturales) y se asuman como la reconstrucción de una lengua primitiva (o adámica) común a todos los hombres (anterior a Babel) y expresión de un conocimiento adecuado de la realidad esencial del Mundo y de los seres. Tarea asocial, ahistórica, su creación pasa a deberse a individuos aislados o a pequeños grupos (sectas) de creyentes, fieles, discípulos o iniciados. Su objetivo prioritario no es facilitar la comunicación universal, sino, antes, ganar la gracia (don) del conocimiento. Por último, se entiende por “lenguas imaginarias” las creaciones de sistemas lingüísticos más o menos elaborados y completos, inventadas en el ámbito de la literatura de ficción. De alcance claramente utópico, sus propios inventores se juzgan irrealizables, habladas apenas por habitantes de países inexistentes o fantásticos. Estas producciones, que reflejan el pensamiento lingüístico de la época, son reveladoras de la presencia en el imaginario colectivo del mito de

una lengua universal. Miedo este que, objeto de atracción o de rechazo, en ambos casos polariza el propio discurso utópico que engendra.

En la imposibilidad de dar una panorámica general de las variadas formas de abordaje y desenvolvimiento que, a lo largo de los siglos, la idea de una lengua universal ha comportado, apuntaremos apenas algunos ejemplos de cada uno de estos cuatro tipos de lenguas. Veremos cómo, de estos cuatro tipos, los dos primeros (lenguas internacionales y filosóficas) se aproximan del mito de un padre onomaturgo, en tanto lugar del orden y la racionalidad. Por su lado, los dos últimos (lenguas primitivas e imaginarias), se colocan del lado de la madre, en tanto principio de fusión con la carne del Mundo y sus secretos.

En lo que se refiere a las lenguas internacionales, el proyecto de construcción de una lengua universal es perseguido de forma directa, simple, inmediata. Porque exploran una concepción meramente comunicativa del lenguaje, estos proyectos entienden el concepto de universal como idéntico al de internacional, aceptable por todas las nacionalidades. Se trata sobre todo de vencer el desorden de las lenguas naturales por el orden, entendiendo este como uniformidad, pasaje de la irreductibilidad caótica de la lengua madre a la homogeneidad rígida de una lengua artificial.

Son distinguibles fundamentalmente tres tipos. En un primer grupo —escrituras secretas— son de referir los proyectos seiscentistas resultantes de la confluencia de la tradición neo-platónica y hermética, de la fascinación ejercida por los jeroglíficos egipcios (entonces, todavía, no descifrados) y de todas las especulaciones de carácter simbólico en que la época barroca fue especialmente fértil. El objetivo principal de estos trabajos es constituir sistemas de escritura secreta que se caracterizan por la naturaleza cifrada de su notación y por la dimensión esotérica que supone transmitir estos saberes. De naturaleza poligráfica, estos sistemas de escritura posibilitarían, por la contemplación directa de sus signos, y, por lo tanto, independientemente de las diferentes lenguas habladas por los iniciados, la adquisición y transmisión de determinados saberes secretos. Particularmente significativas son las investigaciones del sabio jesuita Athanase Kircher (1602-1680), que no puede aquí más que nombrar. Y también el caso de la estenografía descubierta hacia finales del siglo XV por Johann Trittenheim (1426-1516), maestro de Paracelso. Considerada como el arte de abrir su pensamiento a los correspondientes por intermedio de una escritura oculta, sólo posteriormente, a partir de los trabajos del

comerciante londinense Francis Lodowyck (1619-1694), comienza a adquirir el carácter utilitario que hoy la caracteriza, en tanto técnica auxiliar de simplificación y abreviatura.

En segundo lugar, las pasigrafías —y estos son los proyectos que en la época alcanzaron mayor popularidad—, esto es, aquellos proyectos que, tomando como modelo la escritura china, particularmente en lo que tiene que ver con su independencia frente a los idiomas hablados,⁹ buscan constituir sistemas de notación escrita, independientes de la pronunciación, susceptibles de permitir una comunicación eficaz y fácil entre pueblos de lenguas diferentes. Se trata ahora de proyectos que se distinguen de los anteriormente referidos por su finalidad práctica y exigencia de accesibilidad: construido un sistema de codificación mediante el que se establezcan correspondencias directas entre cada una de las diferentes palabras de diferentes lenguas, sería posible, a cualquier individuo, independientemente de su idioma, leer y entender cualquier texto así codificado. Objeto de numerosos trabajos (entre 1664 y 1877 se cuentan 161 sistemas)¹⁰ la Pasigrafía es definida por la Enciclopedia Larousse del siglo XIX como “el arte de escribir o imprimir en el único idioma que se sabe, de modo que pueda ser leído y entendido sin necesidad de traducción, en cualquier otro idioma que se ignora, desde que el lector sepa su lengua y conozca el arte de escribir”. Finalmente, el tercer grupo de lenguas internacionales es constituido por las tentativas de construcción de una lengua universal *a posteriori*, esto es, de reforma y regularización de una lengua existente o de la mezcla de varias. Nos referimos a aquellos trabajos que, incipientes en el siglo XVII, Leibniz, con todo, conoce y refiere en los *Nuevos ensayos* del siguiente modo: “Se forman también lenguas por el comercio de los diferentes pueblos, sea mezclando indiferentemente lenguas vecinas, sea, como acontece más frecuentemente, tomando una como base que se estropea y se altera, que se mezcla y corrompe, negligenciando y alterando lo que observa e incluso injerándole otras palabras”. Leibniz da tres ejemplos: el caso de una cierta lengua franca de circulación mediterránea que habría resultado de la deformación espontánea del italiano, otra lengua hablada por un dominicano armenio que Leibniz conociera en París en 1674 y que consistía en un latín simplificado, y todavía la lengua universal del R. P. Labbé, igualmente de base latina.

De menor significado en el siglo XVII es este tercer tipo de proyectos que habrá de revestirse de una importancia más prolongada y decisiva en el futuro

del movimiento de creación de lenguas universales. De hecho, en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se da la grande e insólita floración de idiomas artificiales, a la que desde el comienzo hicimos referencia, es *a posteriori* que se van constituyendo la mayor parte de esos proyectos. Ténganse en cuenta, únicamente a título de ejemplo, y para dar idea de la amplitud del fenómeno, que en 1880, el *Volapuk*¹¹ contaba con cerca de un millón de practicantes del fenómeno, 283 sociedades y 24 diarios volapukistas. Esos proyectos se constituirán, sea a partir de lenguas vivas,¹² sea a partir del latín,¹³ que conservará, a través de los siglos, su privilegiado estatuto de lengua universal, sea todavía de las propias raíces indo-europeas.¹⁴ El *esperanto* es el caso más significativo. Con léxico de base indo-europea, servido por un sistema de derivación que permite construir gran número de palabras a partir de un vocabulario básico reducido, gramática simple, ortografía y pronunciación fonética, la superioridad lingüística del *esperanto* parece, con todo, no ser la única ni la más importante razón de su relativo suceso. La razón principal tiene que ver con el hecho de que, desde el principio, los primeros esperantistas (y el propio Zamenhof) comprendieron que se trataba menos de resolver un problema técnico de comunicación que de afirmar la voluntad contractual de instaurar una comunidad ideológica de la que el *esperanto* fuese simultáneamente el símbolo y el trazo de unión. Desde el origen, los principios irénicos por los cuales la sociedad esperantista se debería orientar son teorizados por su propio creador. También desde el origen, los adeptos tienen conciencia del carácter ideológico, político y religioso del movimiento. Con gran claridad, Zamenhof no duda en afirmar que “criar una lengua es casi como crear una nueva religión”. Reforzado por la persecución de que son blanco sus adeptos tolstoianos a partir de 1895, el movimiento esperantista dio origen a numerosas revistas, traducciones y literatura original (cerca de 33.000 obras publicadas, entre traducciones y originales).¹⁵

Única lengua artificial que sobrevivió de hecho a su inventor, asiste actualmente a un inesperado recrudescimiento. Por un lado, porque la UNESCO (resolución de 1985) y la Comunidad Europea (alarmada con la próxima entrada de nuevos países de Europa del Este), consideran la posibilidad, frente al problema de los elevados costos del plurilingüismo de sus órganos, adoptar el *esperanto* como lengua internacional auxiliar; por otro lado, porque la Internet vino a potenciar el desenvolvimiento de la práctica de la comunicación por intermedio del *esperanto*.¹⁶

De cualquier forma, es legítimo decir que, a inicios del siglo XX, los eruditos y filósofos habían abandonado el campo a los curiosos y a los simplemente bien intencionados. En la mayor parte de los casos, se tratará, no ya tanto de lenguas universales, sino de meras lenguas auxiliares que responden directamente a las exigencias de las relaciones comerciales y políticas entre los estados. Es así que, frente al número siempre creciente de nuevas lenguas internacionales y la imposibilidad manifiesta de llegarse a un consenso, la *Sociedad lingüística de París*, fundada en 1866, busca excluir radicalmente (condenar, excomulgar) el problema de la constitución de una lengua universal. Como se declara en su artículo 2º, “la Sociedad no admite ninguna comunicación relativa al origen del lenguaje o a la creación de una lengua universal”.

Algunos lógicos proponen todavía que sea la *Asociación Internacional de las Academias* que escoja la lengua Universal y tome las medidas necesarias para su enseñanza y difusión. Secundado por Peano, autor de la *Interlingua* (1910), Couturat será el gran dinamizador del movimiento interlingüista —en el inicio del siglo— buscando replantear en términos lógicos la cuestión de la lengua internacional. En una célebre sesión de la *Société Française de Philosophie* (1922), Couturat hace la presentación y posterior discusión¹⁷ de una tesis que constaba de los siguientes enunciados: a) existe una gramática general cuyas categorías son comunes a todas las lenguas humanas; b) es posible que esas categorías gramaticales correspondan a las categorías lógicas; c) es posible construir, con base en estas, una lengua artificial infinitamente más simple y regular que las lenguas naturales. Se trata finalmente de retomar la perspectiva de Port-Royal y de Leibniz acerca de los universales lingüísticos (Chomsky es hoy en día el defensor más destacado de esta postura).

Curiosamente, después de la primera guerra, y contra la determinación explícita de la *Sociedad lingüística de París*, los lingüistas profesionales entran en el proceso. Es el caso de Sapir, Cohen, Martinet, Ogden, Richards y, sobre todo, Jespersen, a quien se pasa a deber la delimitación de la *interlingüística* como disciplina de las ciencias del lenguaje que tienen por objeto exactamente el estudio de los idiomas artificiales.

Frente a las esperanzas de pacificación que se desarrollaron en la Europa posterior a la primera guerra, la *Sociedad de las Naciones* buscará, también sin éxito, elegir la lengua universal. A este propósito, es curioso de notar que gana nuevos adeptos la idea del latín como lengua que sería interesante hacer

renacer. En 1925, la *Sociedad de las Naciones* designó una comisión encargada de estudiar diversos proyectos de lengua universal, comisión esa que acabó por proponer la adopción de un latín medieval simplificado. Posteriormente, en 1956 y 1959, se reúnen el 1º y 2º congresos internacionales para el Latín Vivo, que buscan, igualmente sin suceso, proceder a su necesaria simplificación gramatical y renovación sindical.¹⁸

En conclusión, diríamos que, si bien algunos lógicos y lingüistas se han interesado por el proyecto de una lengua internacional, son finalmente los políticos (véase el caso de Marr)¹⁹ y los hombres de negocios quienes acaban por recoger los modestos frutos de toda esta inmensa logofilia, fusión indistinta de entusiasmo y nostalgia, exigencia de racionalidad y creación prodigiosa de la imaginación, voluntad de conducción de los discursos hacia la unidad y armonía de una comunicación plena, pero también práctica lingüística que subvierte y deshace el orden establecido de la lengua y de sus códigos.

Resultado de determinantes políticas y culturales, que se relacionan con la expansión económica de los países de lengua inglesa, es el Inglés que acaba hoy por desempeñar, en gran parte del globo, el papel de lengua internacional auxiliar, en especial en su forma *Basic*.²⁰ Modesto fruto (apenas 600 sustantivos, 150 adjetivos, 100 preposiciones, conjunciones y adverbios, 18 verbos y un pequeño número de reglas gramaticales), es esta la segunda lengua más hablada actualmente en el globo (se calcula que actualmente haya cerca de 350 millones de hablantes de inglés y cerca de 200 millones que lo utilizan como segunda lengua), pero, incontestablemente, es la primera lengua oficial y de comunicación científica (basta recordar que el 81% de los artículos científicos son escritos en lengua inglesa).²¹

Víctimas a manos de la propia lengua y de sus reglas de desenvolvimiento, las cuales apuntan en el sentido de una complejidad y dispersión crecientes, los constructores de lenguas internacionales resultan siempre divididos entre sí por las más violentas luchas y rivalidades. La mayor parte de esas lenguas nunca llegaron a ser habladas, ni siquiera utilizadas, o lo fueron apenas por sus inventores. Digamos que, contra la voluntad de encerrar el universo entero del decir en la transparencia de sus construcciones, los logófilos inventores de lenguas, amateurs del orden, de la simplicidad y de la regla, vieron erguirse siempre, inagotable y profunda, la poderosa Torre de Babel, su objeto de fascinación y antiquísima figura de todas las lenguas.

Lenguas filosóficas

El proyecto de construcción de una lengua universal gana aquí su consistencia máxima, una más elaborada comprensión de los enredos teóricos en juego. Se trata de explorar una concepción ya no comunicativa, sino cognitiva del lenguaje, de vencer el desorden de las lenguas naturales, por el orden entendido ahora, no como uniformidad, sino como proceso de derivación formal. La semántica deriva de la sintaxis y la sintaxis del cálculo lógico. La racionalidad de la lengua se identifica aquí con la idea de una gramática lógica pura. El objetivo es pasar de la irreductibilidad caótica de la lengua madre a la verdad de un instrumento lingüístico de ilimitado alcance cognitivo. La verdad tendría la condición extrema de una disolución de la propia lengua ante la visibilidad y el esplendor del mundo.

Es Bacon (1561-1626), quien, por primera vez, en *The Advancement of Learning*, de 1605, enuncia un programa de construcción de una lengua filosófica. Según Bacon, tal lengua debería consistir en un sistema de caracteres reales (*real characters*) que representasen, “no las letras o palabras, sino las cosas o nociones” y, como tal, pudiesen ser leídos y comprendidos por hablantes de diferentes lenguas. A pesar de que el objetivo principal de Bacon sea la facilitación de la comunicación, especialmente la comunicación científica,²² la verdad es que Bacon apunta también hacia la constitución de una Gramática Filosófica (*Philosophical Grammar*) capaz de permitir expresar correctamente las articulaciones normales del pensamiento y, por lo tanto, entrevé el posible uso cognitivo de un lenguaje universal.²³

Dada la diversidad de proyectos producidos especialmente durante el siglo XVII, nos limitaremos a apuntar apenas cinco de los nombres más paradigmáticos de constructores de proyectos de lenguas filosóficas: Comenius (1592-1671),²⁴ Urquhart (1611-1660), Seth Ward (1617-1698), Georges Dalgarno (1626-1687), y sobre todo John Wilkins (1614-1672), obispo de Chester y uno de los más eminentes eruditos de este período, que, bajo los auspicios de la *Royal Society* de Londres²⁵ (de la que, juntamente con Oldenburg, fue el primer co-secretario), publica el célebre *An Essay Towards a Real Character and a Philosophical Language* (1668). Se trata de un conjunto de proyectos frecuentemente marginales a lo que hoy, en función de la demarcación que caracteriza el estado actual de nuestros conocimientos, consideramos que cons-

tituye el campo propio del pensamiento filosófico, pero que, en el siglo VII, se presentaba todavía como parte integrante de la exuberante variedad de las manifestaciones de la razón barroca.

Es con Leibniz, sin embargo, que ese proyecto de una lengua filosófica, irrecusablemente, encuentra su momento más alto y significativo. Con él se podrá decir que hemos alcanzado el más elevado nivel de problematicidad y adquirido la mayor conciencia de sus implicaciones lógicas y epistemológicas.

No entraré en grandes desenvolvimientos. En trazos generales, bastará tal vez decir que, en Leibniz, el proyecto de una lengua universal es conducido por una triple exigencia: la exigencia lógica de constitución de un sistema lingüístico que rigurosamente traduzca el pensamiento y sus articulaciones; la exigencia semántica de la elección de caracteres que, por su propia expresividad natural, puedan ser isomórficos con la realidad por ellos nombrada (el paradigma es la idea de una Lengua Adámica, tal como fue desenvuelta por Jacob Böhme); y la exigencia heurística de una combinatoria que abra la vía al progreso de los conocimientos (la gran inspiración es ahora Lull y Kircher).

Vale la pena referir, todavía, que en Leibniz hay, no uno, sino tres modos de pensar la posibilidad de una lengua universal: la purificación es perfeccionamiento de una lengua natural (el alemán), la constitución *a posteriori* de una lengua universal a partir de elementos comunes a las lenguas naturales (*Grammatica Rationalis*) y el abandono explícito de las lenguas naturales a favor de la construcción *a priori* de un lenguaje simbólico artificial (*Characteristica Universalis*).

Pese a ser distintos, sea en cuanto a su régimen de construcción, sea en cuanto a las metodologías de investigación que les son subyacentes (razón por la cual la crítica, en general, los presenta de modo articulado), es mi convicción que las investigaciones de Leibniz sobre la Lengua Alemana, la Gramática Racional y la Característica Universal, deben ser consideradas como complementarias. El proyecto de Leibniz tendría así como objetivo principal: investigar el origen de su vocabulario (especialmente en el caso del Alemán) y la estructura profunda que subyace a las particularidades gramaticales de las diferentes lenguas (investigaciones sobre la Gramática Racional) y aplicar esos descubrimientos a la construcción de una nueva lengua filosófica dotada de similar o todavía mayor capacidad de revelación, la cual, por esa razón, Leibniz exige que sea también natural, esto es, representativa del mundo que descubre y pretende decir.

No tengo aquí ninguna posibilidad de desarrollar este punto. Quisiera, apenas, señalar que Leibniz buscará, no la recuperación retrospectiva de la lengua adámica primitiva, sino su reconstrucción racional y prospectiva. Más allá de lamentar nostálgicamente la corrupción o decadencia de las lenguas vulgares (su progresivo distanciamiento frente a la lengua primitiva), o de buscar restaurar su naturalidad original, lo que Leibniz va a emprender activamente es la construcción de una nueva lengua filosófica que realice en el futuro las características de la lengua adámica del pasado.

Si hay en Leibniz un movimiento de atención hacia la lengua del pasado, esto es, si Leibniz se dedica a investigar los vestigios de la lengua primitiva que subsisten en las lenguas actualmente existentes, es fundamentalmente para comprender la sabiduría de los mecanismos en ellas operantes y poder después utilizar esas enseñanzas en la construcción de una lengua nueva y filosófica igualmente motivada. Si la lengua adámica existió —y debe haber existido porque la armonía universal implica también “armonía de las lenguas” (D 5,545), su parentesco fundamental, en tanto diferentes formas de expresión y perspectiva del mundo—, entonces, es el propio proyecto de una lengua universal y filosófica que sale histórica y metafísicamente fundado y reforzado.

Digamos que hay en Leibniz —aunque no tengamos aquí oportunidad para justificarlo— el reconocimiento de una verdad fundamental del lenguaje, hoy en gran parte olvidada: ante la diversidad de las lenguas humanas, Leibniz siempre sintió la nostalgia cratílina de una transparencia original, siempre se dejó (in)justificadamente maravillar por la hipótesis de una unidad latente de las palabras y de las cosas. Bajo la especulación etimológica en torno del mito de una lengua adámica, bajo la versión semiótica del principio de razón suficiente que funda la tesis de no arbitrariedad de las lenguas naturales, bajo la exigencia ideográfica de la lengua universal por construir, los textos de Leibniz esconden un conjunto de indicaciones que, más que criticar en nombre de nuestro saber actual, es importante leer y entender en sus presentimientos y en el brillo de las pequeñas percepciones que ahí se manifiestan. Pensamos que, mejor que nadie, Leibniz comprendió que no hay pensamiento sin la espesura de la lengua y no hay lengua sin el cuerpo al que está anclada; que es la lengua la que da alma al pensamiento y es el cuerpo que le da voz, vibración, intensidad, calor. La lengua adámica original sería, al final, la uto-

pía que inventa todavía un *topos* para nuestra palabra, que imagina un alma para nuestras lenguas, que da fuerza y sentidos a sus correspondencias.

Lenguas primitivas

Estamos ahora exactamente frente a aquellas producciones de nuevos sistemas lingüísticos que, fruto de experiencia mística o revelacional, se asumen como susceptibles de desempeñar todas las funciones atribuidas a la lengua original. Al contrario de los dos proyectos antes referidos (lenguas internacionales y filosóficas), cuyos constructores buscaban fabricar, de raíz y por sus propios medios, un nuevo instrumento lingüístico, el conjunto heterogéneo de prácticas lingüísticas que designamos como lenguas primitivas opera de forma intuitiva, espontaneísta y emotiva. De hecho, en tanto que los constructores de lenguas internacionales y filosóficas adoptan una estrategia metódica y racional, los místicos e iluminados creadores de lenguas primitivas se creen vehículo de designios sobrenaturales. Y es con base en ese don, gracia o inspiración, que, en sí —recogidamente— descubren la posibilidad de dar Voz a la lengua primitiva.

Tal es el caso de las lenguas mágicas y religiosas, aquellas que, desde la antigüedad, pretenden ser las que los dioses hablaban entre sí y/o con los humanos. Presentándose normalmente como la reconstrucción, por lo menos parcial y con un grado variable de elaboración, de una lengua divina, sobrenatural, primitiva o pre-existente, estas lenguas consisten en la creación de un léxico a partir de materiales sonoros que se siguen de procesos onomatopéyicos, interjectivos, onomásticos, rítmicos, melódicos, lúdicos o simplemente resultantes de la imitación o cooptación de palabras de lenguas extranjeras.²⁶ Se trata de un fenómeno ancestral que parece constituir una de las componentes del chamanismo y de la hechicería en las sociedades arcaicas, y se manifiesta en algunos rituales de la cultura greco-latina, por ejemplo, en los vaticinios oraculares.

Tal es también el caso del enigmático fenómeno de la *Glossolalia*, lenguas o pseudo-lenguas inconscientemente creadas por un sujeto individual que se cree vehículo de fuerzas sobrenaturales y que, directamente reveladora del pensamiento y de las cosas en su verdad, se presenta como inmediatamente

accesible y, por lo tanto, universalmente comunicable. Caracterizadas por Todorov como fenómenos patológicos de deformación regulada de palabras extranjeras o nativas, las glossolalias apenas son distinguibles de las lenguas mágicas y religiosas por la incredulidad del observador en cuanto a su naturaleza efectivamente sobrenatural. A pesar de resultar formalmente condenado por San Pablo (*1ª Epístola a los Corintios, 13 y 14*), el fenómeno de la glossolalia tuvo particular importancia en la tradición del cristianismo primitivo. La vehemencia de la condena de San Pablo da cuenta, por otra parte, del desenvolvimiento de la práctica del hablar en lenguas de los primeros cristianos.²⁷ A lo largo de la Historia de la civilización occidental, y en una total indiferencia frente a sus progresos, el fenómeno reaparece, siempre bajo forma herética, patológica y, como sugiere Marina Yaguello, bajo forma invariablemente femenina. Es el caso de Santa Ildegarda de Bingen y de Elizabeth de Schönau en la Edad Media, y de Thérèse Newman y Hélène Smith en el siglo XX.

El caso de Hélène Smith es ejemplar. En primer lugar, por el elevado nivel de elaboración y permanencia de su producción lingüística, impregnación inconsciente de la gramática sánscrita y de la mezcla de vocablos de diversas lenguas europeas, en especial el Húngaro, lengua de su padre. En segundo lugar, por la cualidad y rigor de las descripciones y materiales lingüísticos recogidos por el psiquiatra Théodor Flournoy, profesor de Psicología en la Universidad de Genève a partir de 1891, que, en una obra titulada *Des Indes à la Planète Mars: Observation sur un Cas de Somnambulisme avec Glossolie* (Genève, 1990), relata sus experiencias a lo largo de seis años con la célebre médium.

En la diversidad de sus manifestaciones, el fenómeno de la glossolalia ha merecido la atención de teólogos, psiquiatras, psicoanalistas, e incluso lingüistas como Victor Henry (1901) y Jakobson (1966). Este último, al estudiar la producción lingüística de una secta ortodoxa rusa, llega incluso a considerar la hipótesis de la existencia de una competencia glossolálica universal. Hipótesis, por otra parte, concordante con la de Flournoy, que ve en los procesos de construcción lexical utilizados por Hélène Smith la sobrevivencia de una función general, común a todos los humanos, que estaría en la raíz del propio origen del lenguaje, tanto a nivel filogenético como ontogenético.

Sobre Jacob Böhme (1575-1624) y su concepto de lengua de la naturaleza (*Natursprache*), que constituyó la más compleja teorización del mito de la lengua adámica, diré apenas dos palabras. Böhme parte de la consideración del

carácter creador del Verbo divino, entendido ya como objetivación, corporeidad o manifestación segunda de la propia divinidad. Origen de todos los seres creados, el verbo divino habita el interior de cada criatura y determina su forma interna —*Gestaltnis*—, la cual, a su vez, se expresa, exterior y analógicamente, en la *signatura* o forma exterior. Como Böhme dice: “Cuando la forma interna (*Gestaltinig*) se hace por sí misma exterior, y el interior permanece en el exterior, el interior mantiene el exterior ante sí como un espejo, en el cual se exponen todas las formas en las propiedades de las criaturas; lo exterior es su *signatura*” (SR 9.3).

El lenguaje de la Naturaleza es entonces el conjunto de las signaturas, esto es, el lenguaje de las cosas mismas: “Así es el lenguaje de la naturaleza en el cual cada cosa expresa sus propiedades y proclama a la Madre que la engendró y le dio la esencia y la facultad de tomar una forma” (SR 1.17). Lenguaje de origen divino inscripto en las criaturas, su conocimiento permite al hombre, no apenas acceder a las esencias particulares de cada ser creado, sino también, a través de ellas, a la Esencia o Esencia Divina (2424): “Porque habiendo dado la Naturaleza su lenguaje a cada cosa (según la Esencia y la forma), puede conocerse el espíritu velado por la forma exterior de todas las criaturas” (SR 1. 16).

Lenguas imaginarias

En el dominio de la ficción y de la creación literaria, y más allá del recurso poético a la invención a veces sistemática de neologismos (de lo cual la escritura de Joyce es el ejemplo paradigmático),²⁸ se encuentran diversos casos de invención de lenguas completas. Lenguas a veces totalmente forjadas por el escritor (es el caso de la lengua australiana de Foigny, *Les Aventures de Jacques Sadeur dans la Découverte et le Voyage de la Terre Australe*, 1676), y a veces resultantes de la deformación lexical de una o más lenguas existentes (es el caso del *Lanternez* de Rabelais, compuesto por procesos anagramáticos y metástasis a partir de palabras inglesas, latinas y alemanas, y de la lengua de los *Severambos* creada por el gramático Denis de Vairasse (*Histoire des Séverembes qui Hesitent ne Partie du Troisième Continent, Communément Appelé Australe*, 1677).

De naturaleza fundamentalmente utópica, los primeros casos de lenguas imaginarias surgen en el Renacimiento, concretamente en la *Utopía* de Thomas

More (1516).²⁹ Ahí se anuncian ya algunas de las características más constantes de las posteriores soluciones: en las cincuenta y cuatro ciudades, amplias y magníficas, que componen la isla de la Utopía, las instituciones y las leyes son perfectamente idénticas, en tanto que la lengua, rica, armoniosa y agradable al oído, “es fiel intérprete del pensamiento” (1516: 90). Es, con todo, en el siglo XVII que el movimiento de creación de lenguas imaginarias adquiere mayor relevancia e importancia. Si, como pretendieron Copérnico y Galileo, nuestro planeta no es el centro del Universo, la antigua tesis de una pluralidad de mundos, tan habitables como el nuestro por individuos igualmente dotados de necesidades comunicativas y de conocimiento, adquiere mayor consistencia y viabilidad. Por otro lado, el viejo mito de la *Terra Australis*, sucesivamente localizada en diversos puntos del globo a medida que Europa lo va descubriendo,³⁰ constituye suelo fértil para la localización imaginaria de pueblos y lenguas desconocidas y fantásticas, tanto más creíbles cuanto más numerosas y exóticas son las recién descubiertas lenguas de los africanos, de las que navegadores, viajeros y misioneros, traen noticias constantemente. Es así que, en el siglo XVII, la Luna, el Sol y la Tierra Austral serán lugares de elección preferencialmente escogidos por los utopistas creadores de lenguas imaginarias. Recordemos apenas, de Francis Godwin, *The Man in the Moon* (1638), y de Cyrano de Bergerac, *Les États et Empires de la Lune* (1649) y *Les États et Empires du Soleil* (1652) para el caso de la Luna y del Sol, y de Gabriel de Foigny, *Les Aventures de Jacques dans la Découverte et le Voyage de la Terre Australe* (1676) y de Simon Tyssot de Patot, *Voyages et Aventures de Jacques Massé*, (1710) para la Tierra Austral.³¹

Se trata, en todos los casos, de lenguas ideales, habladas por hombres ideales, viviendo en sociedades ideales, ya sea terrenas (pero lo suficientemente distantes como para preservar su pureza), ya sea extra-terrestres y, por lo tanto, exteriores a todo contagio o corrupción. Utopías benévolas pues, distantes todavía de la ironía escéptica y corrosiva de Swift, igualmente inventor de una lengua imaginaria, “lenguaje de cosas” en que, finalmente, se realiza, de forma absurda y por la vía negativa, el ideal de transparencia al que todas las lenguas universales aspiran, de tal modo que son las propias palabras que se apagan ante las cosas. Distantes también de las utopías negras que, a partir del siglo XIX, con *The Coming Race* de Bulwer-Lytton (1871), 1984 de Georges Orwell (1948) o *Babel 17* de Samuel Delany (1966), siguen inventando lenguas uni-

versales, extra-terrestres e incluso inter-galácticas, ya no como instrumentos de comunicación y progreso, sino como armas de sumisión y manipulación.

Sin embargo, en todos los casos, hoy como en el siglo XVII, los inventores de lenguas imaginarias traducen preocupaciones y reflejan conocimientos e investigaciones de sus contemporáneos en torno a los problemas del lenguaje. Es así que, relativamente a nuestros días, es posible establecer un paralelo entre la hipótesis lingüística de Sapir-Whorf, según la cual el pensamiento es modelado y rígidamente condicionado por la estructura de la lengua en que se constituye y expresa,³² y la concepción de lenguaje subyacente a 1984 de Orwell. Si el pensamiento está condicionado por la lengua, el control de esta por un poder arbitrariamente constituido, permite la manipulación de los súbditos. La lengua sería así el más poderoso vehículo de dominación ideológica, política y filosófica de los individuos.

De igual modo, la lengua imaginaria inventada por Vairasse, *Histoire des Séverambes* (1677), se construye sobre el modelo de los rígidos preceptos de orden y disciplina de la lengua que caracteriza el gramaticismo normativo de Arnaud y Lancelot³³ —en la lengua de los Severambos, instituida por el jefe político Séverias, reina una perfecta regularidad: el género, el número y el grado de los hombres es siempre claramente explicitado, la flexión verbal no comporta la mínima excepción, etc. También en el caso de la lengua australiana imaginada por Foigny, *Les Aventures de Jaques Sadeur dans la Découverte et le Voyage de la Terre Australe*, de 1676, se encuentra una sorprendente proximidad con los proyectos filosóficos de la época, particularmente con la lengua universal de Dalgarno, presentada 15 años antes en su *Ars Signorum, Vulgo Character Universalis et Lingua Philosophica*, de 1661. Tal como Dalgarno, Foigny parte de una clasificación de elementos, atribuyendo una letra a cada uno (las vocales a las sustancias elementales y las consonante a las cualidades), quedando así, cada nombre, por la combinación de las letras que lo constituyen, como una traducción de la composición y las cualidades de la cosa significada.

Reencontramos aquí la mayor ambición de los proyectos filosóficos, especialmente del de Leibniz: construir un sistema de caracteres reales, autárquicos, de los cuales se puedan deducir, por el análisis de sus elementos, todas las propiedades de los conceptos que representan. Como Leibniz escribía en carta a Oldenburg: “El nombre de cada cosa será la llave de todo lo que de ella se deba decir, pensar, hacer con la razón”. Exactamente en ese mismo año de

1676, Foigny, dando largas a su imaginación, escribía a propósito de la lengua de sus pueblos imaginarios de la Tierra Austral: “la ventaja de esta manera de hablar es que aquel que habla se torna filósofo al aprender las primeras palabras que pronuncia y que, en este país, no es posible nombrar una cosa sin que se explique, al mismo tiempo, su naturaleza; lo que parecería milagroso si no se conociera el secreto de su alfabeto y de la composición de sus palabras”.

La actividad de invención de lenguas imaginarias presenta, pues, sorprendentes proximidades con los movimientos que tienden a la construcción de una lengua filosófica, movimientos que, marginalmente, anticipan, acompañan o simplemente reflejan. Partiendo de la conciencia de los límites e imperfecciones de las lenguas naturales —sin que tal reconocimiento resulte del análisis reflexivo sobre el origen y la naturaleza de esas suficiencias, o se traduzca en la crítica sistemática de sus pretensiones—, los utopistas inventores de lenguas imaginarias apuntan, con todo, hacia los mismos objetivos que los proyectos filosóficos persiguen: univocidad, claridad, estabilidad, eliminación de la redundancia, regularidad, armonía, elegancia.

Particularmente en el siglo XVII, y tal como es exigencia constante de todos los proyectos filosóficos, las lenguas imaginarias se pretendían universales, instrumentos adecuados de comunicación entre los hombres, de inmediata comprensión y rápido aprendizaje. Véase, por ejemplo, el siguiente texto de Cyrano de Bergerac, *Les États et Empires du Soleil* (1622): “él habló conmigo durante tres largas horas en una lengua que estoy seguro jamás haber oído, que no tiene ninguna relación con nuestro mundo, pero que, todavía, comprendía más deprisa y mejor que la de mi infancia”. Más allá de eso, se pretendían traducción fiel del pensamiento³⁴ y vía adecuada para el completo conocimiento de las cosas del mundo cuya naturaleza y propiedades deberían, de algún modo, traducir,³⁵ esto es, serían también lenguas imaginarias, dotadas de aquella “naturalidad” que constituye el modelo paradigmático por el que se rigieron los más significativos proyectos filosóficos de la época. Pero, reclamando para sí esa “naturalidad”, ¿la lengua “imaginaria” no estará, en última instancia, rechazando su propia irrealidad? ¿Y no estaría la irrealidad de la lengua imaginaria ya comprometida por el vacío de su universalidad?

Cabe preguntar si no estaremos frente a uno de esos imperceptibles desplazamientos en que la ficción se desliza entera y silenciosamente hacia aquello que llamamos lo real.

Valdría la pena decir, todavía, que el filosofema de la lengua universal no está agotado. Tema escandaloso, maldito, marginal a la filosofía y a la lingüística, reaparece hoy con una nueva pertinencia. Lo atestan algunas obras recientes, sobre todo las insoslayables investigaciones relativas a la constitución de formalismos artificiales universales, lenguajes informáticos, binarios, o la posibilidad de la traducción automática.

En cierta medida, el sueño leibniziano de una lengua universal es cada vez más real (virtual). No en los términos precisos en que Leibniz lo soñó. Muy probablemente no van a ser los signos los que se adaptarán a los contenidos significados, sino los contenidos que se adaptarán a las características y potencialidades que la nueva tecnología informática ofrece. Por otro lado, si es un hecho que vivimos en las lenguas naturales, que podemos crear en ellas, respirar, imaginar, sufrir —hacer Psicoanálisis—, no es menos cierto que cada lengua es una frontera, arbitraria y funesta como todas las fronteras. Por eso, como muestra Carnap en su autobiografía, la opción por una lengua universal es claramente política.

Al mismo tiempo, la insoslayable traducibilidad de las lenguas nos permite soñar. Más que una traición, la traducción podría ser la realización modesta de una lengua exenta de opacidades, de una abertura sin sombras, de una comunicación plena a la mirada del otro. Sería pura literalidad. Como la matemática y la poesía.

Resta preguntar: ¿Cuál es el interés para el Psicoanálisis en esta referencia a los mitos de la Lengua Adámica y de Babel? Nuestra respuesta es que, siendo esos dos mitos las dos caras de una misma moneda, su complementariedad constituye un ejemplo paradigmático del juego de luz/sombra que se expresa, no apenas en todos los mitos, sino también en el Psicoanálisis, en el Arte, en la Ciencia y en la Filosofía.

Es cierto que, en general, se tiende a valorizar Babel contra Adán. Porque Babel viene después de Adán, Babel parece haber anulado definitivamente la esperanza de transparencia que el mito de la Lengua adámica transporta con-

sigo. Pero —y es esta nuestra sugerencia— no vivimos sin esa esperanza. No hacemos psicoanálisis, no hacemos filosofía, no hacemos ciencia, no traducimos, no escribimos un poema, sino cuando creemos que, más allá de todos los equívocos, obscuridades y sombras, somos capaces de encontrar alguna luz. Traducir es traicionar. Pero es también encontrar la palabra cierta, adecuada, feliz. Y una vez encontrada, funciona como una llama que inunda la oscuridad cerrada de la página. La letra en negro sobre la página en blanco es la imagen invertida de nuestra condición de seres que arrastran el drama de Babel pero no se olvidan de la esperanza de la Lengua Adámica.

¿Y no es esa, acaso, también, la esperanza que lleva al analista y al analizado a enfrentarse en su diferencia?

Estas reflexiones, al final de cuentas, no pretenden otra cosa que llamar la atención sobre el poder de esa luminosidad primordial. Sus efectos se hacen sentir tanto en la filosofía como en el arte y la ciencia. Esto quiere decir que, más allá de la sombra, la traición, la oscuridad, las tinieblas, importa reconocer la voluntad de luz que anima nuestra vida, nuestro arte, nuestra filosofía, nuestra ciencia (y también nuestro psicoanálisis) desde su antiquísimo enraizamiento mítico.

Notas

1. Su constitución como disciplina autónoma se debe a los trabajos conjuntos de Friedrich Schlegel, *Über die Sprache und Weisheit der Indier* de 1808, Ramus Rask, *Investigation sur l'origine du vieux norrois ou irlandais* de 1814 y, sobre todo, Franz Bopp. *Ueber das Konjugationssystem der Sanskritsprache in Vergleichung mit jedem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen Sprache* de 1816.

2. Es el caso, respectivamente, de Postel, *De Originibus seu Hebraicae Linguae et Gentiis Antiquitate, deque variarum Linguarum Affinitate Liber* (1538) y de Bibliander, *De Ratione Communi Omnium Linguarum et Literarum Commentarius* (1548)

3. Sólo en 1510 el francés pasa a ser, por determinación de Luis XII, la lengua obligatoria en la instrucción de procesos criminales y en 1539, de toda la administración real.

4. Lengua de Moisés es aquella en que están escritos los libros del Antiguo Testamento, la difusión del Hebreo es muy inferior a la del latín; fundamentalmente, son apenas los filósofo (Bibliander, Postel, Goropius, Gessner, etc) que saben Hebreo.

5. Pietro della Valle estuvo en la India, Postel en Constantinopla, Busbec en Crimea, Thévet informa sobre las lenguas de Brasil, los jesuitas recojen preciosos elementos en China y en Japón.

6. Particularmente famosas son las bizarras etimologías propuestas por Goropius Becanus (1518-1572) y la curiosa clasificación tipológica de las lenguas de Joseph Justus Scaliger que, en *Diatriba de Europearum linguis* (1599), distingue cuatro familias de lenguas (romanas, griegas, germánicas y eslavas) en función de las designaciones para la palabra Dios (respectivamente, Deus, Théos, Godt, Boge).

7. Altura en que las explicaciones de tipo naturalista se imponen frente a la interpretación mitológica y teológica a que los fenómenos lingüísticos estaban subordinados. Particularmente importante fue la contribución de físicos y médicos como Cardan, Ambroise Paré o Joubert que, llamando la atención sobre los fenómenos de adquisición y pérdida del lenguaje, pusieron en evidencia los mecanismos anatómicos, fisiológicos y articulatorios de la fonación.

8. Inmediatamente, en el siglo I, con Filón de Alejandría (+ 80 ?) se inicia este proceso de fusión. De Filón hasta los neo-platónicos, y de estos hasta los primeros padres de la Iglesia, pasando por Eusébio de Casareia (264-338 ?), Gregório de Niza (332-398 ?) o Eunómios (+392 ?), esta tradición, que atraviesa toda la Edad Media, tiene como representantes mayores en los siglos XVI y XVII, Bibliander (1500-1564), Postel (1510-1581), Benito Pereyra (1575-1610), Comenius (1592-1671), Lutero (1483-1546) y Jacob Boëhme (1575-1624).

9. Lo que hace de ella un medio de comunicación común para gran parte de los pueblos orientales, independientemente de sus diversos y a veces recíprocamente incomprensibles dialectos. De hecho, la escritura que corresponde a la lengua china o lengua mandarín tiene carácter supra-dialectal, lo que hace que los diversos pueblos de Asia Oriental la hayan adoptado. Es el caso de los Japoneses, Coreanos, etc.

10. Por ejemplo Maimineux (1797).

11. Inventada por Scheyer en 1879, el Volapuk es una de las lenguas internacionales que obtuvo mayor suceso.

12. Por ejemplo, la *Anglo-francia* de Hoinix (1889), la *Mundolengua* de Július Lott (1890), la *Lengua Komun* de Kurschner (1900), el *Neutral* de Rosenberger (1912).

13. Son ejemplos de lenguas internacionales de base latina el *Weltsprache* de Volk y Fuchs (1883), el *Latimesce* de Hoinix (1890), el *Latino sine flexione* y la *Interlengua* de Peano (1903 y 1910, respectivamente) y el *Neolatinus* de Monte Rosso (1943).

14. De acuerdo con el principio enunciado por Grimm, según el cual se debería partir hacia la construcción de una lengua universal del propio *radicarum* indo-europeo, ya por sí común a casi todas las lenguas europeas (eslavas, románicas, germánicas y celtas) y todavía a algunas lenguas del medio-oriente (iranianas e hititas) y de Asia (parte de las lenguas de la India).

15. En Portugal, desde los años 20, surgieron diversas organizaciones esperantistas, en especial en Lisboa y en Barreiro, en el seno de sindicatos y colectividades de operarios que veían

en el esperanto una forma de consagración de sus ideales internacionalistas de fraternidad mundial. Esas asociaciones fueron prohibidas en 1936, por lo que la Asociación Portuguesa de esperanto se constituyó apenas en 1973. Se calcula que, en Portugal, sólo cerca de 500 personas hablan fluidamente el esperanto.

16. Hay, efectivamente, innúmeros *sites* de grupos de discusión en esperanto y muchos otros que ofrecen *on line* cursos de Esperanto gratuitos.

17. En la cual participarán, entre otros, Lalande, Lévy-Bruhl, Parodi, Weber, Vendryes, Meillet, Lachelier, etc.

18. El abandono del proyecto parece haberse consagrado por la resolución de las autoridades eclesiásticas, en 1963, de restringir el uso del latín en la misa católica.

19. Sobre la importancia política e ideológica de que el proyecto de una lengua universal se puede revestir, vease el caso paradigmático de Nicolas Marr (1863-1934) en su ligación oficial al Estalinismo: Marr defiende la tesis de que las diversas lenguas humanas caminan hacia la unificación total, lengua única de la futura sociedad sin clases y sin nacionalidades.

20. *British American Scientific International Commercial*, agenciamiento lingüístico organizado por C. K. Ogden y I. A. Richards en la década del 30.

21. Contra 8% en francés, 4,5% en ruso, 4% en alemán, 0,8% en japonés (Bernard Cassen, *Quelles langues pour la Science*, Paris: La Découverte, p. 103).

22. Lo que explica que hayan sido los paságrafos ingleses del barroco sus más directos continuadores.

23. Como escribe: “Si alguien, conocedor de un gran número de lenguas, cultas y vulgares, reuniese sus varias propiedades, mostrando en qué puntos una excede a otra o falla, no sólo las diversas lenguas podrían ser enriquecidas por ese intercambio recíproco, como también las diversas bellezas de cada lengua podrían ser combinadas en una forma muy bella y en un excelente modelo de lenguaje, capaz de permitir la correcta expresión de los significados mentales” (Bacon, 1605: 6.1.442).

24. También el pedagogo y pansofista Comenius (1592-1671), en el cuadro de sus preocupaciones apologéticas y reformadoras apunta para la constitución de un lenguaje universal (*Panglottia*). Por ejemplo, en *Via Lucis Vestigata et Vestiganda* (1668). Comenius defiende la necesidad de eliminación de imperfecciones y controversias que perjudican el conocimiento y la defensa de las verdades de la fe, a su parecer resultantes del desorden de las lenguas, y resalta las ventajas de un idioma universal, de muy fácil aprendizaje, en la medida en que se encuentra ligado de forma íntima al conocimiento de las propias cosas, cuya naturaleza debería traducir fielmente. Incluso si, en términos de realización concreta, aquello a que Comenius se dedica, sobre todo, es a la facilitación y clarificación del aprendizaje del latín —nos referimos a las obras didácticas *Janua linguarum reserata* (1631), *Methodus Novissima Linguarum* (1648) y *Orbis Sensualium Pictus* (1654), entre otras, obras todas largamente traducidas y reeditadas en los tiempos modernos, el hecho es que, por detrás del latín hay, como dice Steiner (1975:200) “la promesa de una lengua filosófica perfecta en la cual nada falso podría ser expresado y cuya sintaxis necesariamente induciría un nuevo conocimiento”.

25. Wilkins tuvo como colaboradores al botánico John Ray, el zoólogo Francis Willoughby y el lexicógrafo Samuel Peys. La Royal Society constituyó incluso una comisión para examinar la utilidad del proyecto de Wilkins a la cual pertenecieron, entre otros, los académicos: Robert Boyle, Christopher Wren, John Wallis y Robert Hooke.

26. De modo paralelo, también la disputa escolástica acerca del lenguaje de los ángeles, en la cual estuvieron implicados nombres como San Buenaventura, Santo Tomás, Suarez o Duns Escoto, revela un cuestionamiento similar del lenguaje humano y divino. Como muestra Jean Louis Chrétien (1979: 674-89), el lenguaje de los ángeles es concebido como una forma intuitiva de comunicación que no exige ninguna mediación significativa, perfectamente clara, segura y eficaz, exenta de ambigüedad, universal, natural, esto es, adecuada, y no proveniente de ninguna institución, propiedades estas que, correspondiendo a la descripción de la lengua adámica, son finalmente aquellas que los diversos proyectos de lenguas universales buscan realizar y constituyen el horizonte del propio lenguaje humano.

27. Contrariamente, la *xenoglossia* (conocimiento milagroso de una lengua ya existente pero no aprendida por el sujeto que, con todo, se revela o descubre capaz de hablarla), que se sigue de una determinada interpretación del pasaje bíblico referente al milagro del don de las lenguas de Pentecostés (Actos de los Apóstoles, II, 3 y 4), sólo tardíamente fue condenada por los poderes instituidos por la Iglesia Católica Romana. Por el contrario, prosperó durante toda la Edad Media (S. Antonio de Pádua (1195-1231) y S. Francisco de Assis (1182-1226) son reputados *xenóglossos*) y llegó incluso a dar origen a la constitución de la Iglesia *Pentecostista* (Iglesia de cerca de ocho millones de adeptos en todo el mundo, en especial en los EUA, y cuyo dogma fundador resulta de la exégesis literal del milagro del don de las lenguas en Pentecostés).

28. Escritura que, por la deformación de palabras de lenguas existentes y por la creación de vocablos totalmente despojados de significación, puede, en tanto tentativa poética de sobrepasar los límites inherentes a la lengua, aproximarse, de forma decisiva, al fenómeno de creación de un lenguaje imaginario.

29. Curiosamente, en la *Civitas Solis Poética Ideia Reipublica Philophicae* (1604) de Campanella y *New Atlantis* (1624) de Francis Bacon, no hay referencias significativas a las lenguas de sus habitantes, lo que, en el caso de Bacon, es mucho más sorprendente, en la medida en que en otros textos, particularmente *The Advancement of Learning* de 1605 y *De Augmentis Scientiarum* de 1623, hay importantes consideraciones acerca de la necesidad de construir un sistema de caracteres reales que expresen, no las letras o las palabras, sino las cosas o las nociones.

30. En las zonas tórridas al sur de Ecuador, antes del viaje de Vasgo da Gama y, posteriormente, en América del Sur, en Nueva Guinea, en las Islas Salomón y en las costas occidentales del continente australiano exploradas pero todavía no perfectamente identificadas por los navegadores holandeses.

31. Se exceptúa el caso de Vairasse, *Histoire des Séverambes* (1677) que no presenta localización geográfica precisa.

32. Se trata, fundamentalmente, de una posición extrema de relativismo etnolingüístico que resulta de la confluencia de las posiciones de los lingüistas Edward Sapir (1885-1939) y Benjamin Lee Whorf (1897-1941): “Nos damos cuenta, dice Whorf, que la infraestructura lingüística, o sea, la gramática de cada lengua, no constituye apenas el instrumento que permite expresar ideas, sino que determina sobre todo la forma que orienta y guía la actividad mental del individuo, traza el cuadro en el cual se inscriben sus análisis, sus impresiones, su síntesis de todo lo que su espíritu registra”, o sea, como dice Sapir, “si vemos, oímos y sentimos, de una manera general, tal como lo hacemos, es, en gran parte, porque los hábitos lingüísticos de nuestra comunidad predisponen ciertas elecciones de interpretación”.

33. *Grammaire Générale et Raisonné* (1660).

34. Todavía de Cyrano: “Quien encuentra esa verdad, las letras de la palabra y así, no puede jamás, al expresarse, quedar más acá de su concepción: hablar siempre tal como piensa”.

35. “El primer hombre de nuestro mundo se sirvió indudablemente de esa lengua matriz porque cada nombre que impuso a cada cosa declaraba su esencia” (Cyrano de Bergerac).

Traducción del portugués por *Eduardo Pellejero*